

Una llamada misteriosa

Hector se despertó sobresaltado en su cama. Miró el despertador de la mesita, que marcaba las seis en punto de la mañana, y ya se iba a tumbar de nuevo cuando escuchó sonar su móvil. Había estado esperando su móvil mucho tiempo y por fin, hacía poco, sus padres se lo habían regalado por su cumpleaños. Pulsó la tecla de aceptar llamada y se lo acercó al oído, pero no se escuchaba nada. Sólo el más absoluto silencio.

_ ¿Diga? ¡¿Quién es?! ¡¿Hay alguien?! - gritó ya cansado de tanto esperar y, como nadie contestó, cortó.

Durmió lo poco que quedaba para que sonara el despertador, luego se vistió, fue a la cocina a desayunar, se aseó, y salió a la calle. Se sentó un momento en un banco para atarse los cordones de un zapato que se le habían desatado y prosigió su camino hacia el instituto. Vivía en una urbanización a las afueras de la ciudad, en un barrio tranquilo. Desde su casa hasta el instituto no había mucha distancia, pero tenía que cruzar cerca del antiguo cementerio, etapa en la que apretaba el paso y procuraba no mirar tras la oxidada cancela las lápidas cubiertas por el musgo en las que ya apenas se leían los nombres de los que allí yacían enterrados. La mañana pasó rápidamente y llegó a casa sin darse cuenta. Almorzó y comenzó a hacer los deberes, de repente sonó otra vez su móvil, aunque estaba apagado. Respondió y de nuevo nadie contestó. Durante la semana siguiente, siguió recibiendo aquellas misteriosas llamadas sin emisor. Pensó que podía tratarse de una broma de los amigos pero a todos los que preguntaba negaban que hubieran llamado.

Ya desesperado se le ocurrió, en un momento de lucidez, mirar el número que le había llamado, pero apareció el aviso de que tenía un mensaje y sin pensarlo dos veces lo leyó. Era, según decía, de una chica más o menos de su edad, que se llamaba Emilia

y que quería conocerlo, que lo había visto pasear delante de ella y lo citaba, si se atrevía, en el antiguo cementerio al día siguiente a las seis y media de la tarde. Lo apuntó en su agenda para no olvidarlo y procuró recordárselo a sí mismo durante todo el día siguiente. A las seis y cuarto preparó su mochila con una linterna, el móvil y algo de comida y agua. Dijo a su madre que se iba de paseo al cementerio y que volvería un poco tarde, a lo que ella respondió que muy bien, pero que tuviera mucho cuidado y no se quedara solo hasta muy tarde.

El camino desde su casa hasta el cementerio se le hizo interminable, mientras sentía una mezcla de nerviosismo y euforia, que lo mantuvo suficientemente ocupado como para empujar esa cancela oxidada que tanto miedo le producía casi sin inmutarse a pesar del sonoro chirriar con que se abrió para dejarle paso. El viento la cerró de golpe tras él, pero estaba ensimismado buscando algo o a alguien que le mostrara que la chica que lo citó estaba por allí.

Llegó un poco tarde, casi a las siete menos cuarto: esperaba que la tal Emilia no se hubiera cansado de esperar porque quería aclarar todo ese lío. Permaneció allí inmóvil, sentado en uno de los bancos de la glorieta que había en el centro del cementerio, más o menos una hora y media. Cada vez estaba más desesperado y nervioso, al ver que por allí no había nadie. A las nueve y diez tenía tanto miedo que ni siquiera podía moverse. Era como si alguna fuerza extraña o sobrenatural lo atara allí y le impidiera salir aunque lo deseara con todas sus fuerzas. En ese momento pensó que en el móvil debería figurar el número que lo llamaba. Lo sacó de la mochila y comprobó el número. Marcó casi con los ojos cerrados, y lo último que recordó de aquella noche fue un sonido de teléfono procedente del interior de una de las lápidas...

Félix Domínguez Vázquez. 12 años.

Huelva